

ESTA HABITACIÓN IMPOSIBLE DE COMER

— Nicol Hochholczerová

Traducción de Mónica Sánchez Presa



La Caja
Books



La Caja
Books

ESTA HABITACIÓN IMPOSIBLE DE COMER

Nicol Hochholczerová

Traducido por Mónica Sánchez Presa



La Caja Books — **CAJA
ALTA**

Esta habitación imposible de comer

Primera edición: septiembre de 2026

© Vydavateľstvo KK Bagala, Levice, 2021.

Táto izba sa nedá zjesť

© del texto: Nicol Hochholczerová

© de la traducción: Mónica Sánchez Presa

© de esta edición: La Caja Books

Edición a cargo de Raúl E. Asencio

Diseño de la colección: Setanta

Corrección: Leticia Oyola

Maquetación: Esperança Martínez

Revisión de maqueta: Juan Gallego Benot

© De esta edición:

La Caja Books

www.lacajabooks.com

info@lacajabooks.com

Este libro ha sido publicado con la ayuda de SLOLIA,
Slovenské literárne centrum:

Slovenské
literárne
centrum

ISBN: 979-13-87713-18-8

Depósito Legal: V-2874-2026

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio físico o electrónico, sin autorización por escrito del editor.

Alguien le arranca el pelo a Ivan, alguien invisible. Ivan los recoge uno a uno, le cuesta encontrarlos, cabellos blancos sobre la sábana blanca, y uno a uno los echa sobre la fruta que se pudre en la papelera. Piensa en su hija y en cómo rompía los regalos que le hacía, en él recogiendo los pedazos uno a uno y guardándolos en un cajón mientras ella lloraba en su cuarto. Recuerda cómo se hartó de llorar también cuando murió Freddie Mercury, Ivan la abrazó hasta que se durmió, se alegraba de que alguien hubiera muerto, de tener la oportunidad de ser un buen padre, también sintió esa alegría en el funeral de la madre, abrazaba a su única hija, y se alegraba de que hubiera vuelto a casa al menos unos días, después de irse sacaba su pelo del desagüe del baño y se alegraba cuando se le enredaba en los dedos y se alegraba cuando apenas se lo podía despegar para tirarlo, lástima que los hijos no sean pelos mojados, que se despeguen tan fácilmente.

Ivan vive de alquiler en un piso barato, por el día enseña a niños a dibujar y por la noche sueña con la música que hacía que su hija gritara *papá, baja el volumen*; y cuando se despierta y da la vuelta a la almohada empapada en sudor, descubre que debajo hacen tictac unos relojes, un nido de relojes arrastrándose como serpientes. Odia el tictac de los relojes y ahora los tiene justo debajo de su almohada, uno sisea y se enrolla como un ovillo de lana, levanta la correa para que pueda salir un huevo y del huevo nace un reloj infantil, que repta alegremente y hace tictac. *¡Mierda!*, maldice Ivan, y tira el reloj a la basura, con la fruta podrida, pero el montón de relojes no disminuye. Ivan se mete en el armario y se sienta sobre una pila de vaqueros. De joven habría matado por unos vaqueros, habría matado por un poco de silencio, pero los relojes siguen haciendo tictac, se oyen incluso desde allí, como si se arrastraran hacia el armario, y mientras los pelos se le caen en el regazo.

12

Mi habitación no se puede comer. Mis uñas tampoco, solo se pueden morder.

Cuando llego del colegio, me las muerdo y lloro, porque me han gritado *fea lesbiana*, aunque sin motivo, total, todas las chicas han aprendido a besarse con otras chicas, pero ser fea es peor, porque las otras chicas no lo son. También me gritan *empollona*, pero es que yo nunca he tenido que estudiar, lo recuerdo todo. Mi abuelo dice que para ser una chica tengo demasiadas neuronas y hasta me trata como si fuera un chico, me hace armas e incluso me enseñó a comer sangre cocida. La sangre cocida es más fácil de comer que mi habitación, más que comerme a mí misma, de las cutículas a las orejas, que, según dicen en el colegio, son grandes como las de Dumbo. Podría escribir sobre todo eso, pero no lo haré, porque en el concurso literario nos dijeron que escribir sobre el acoso escolar no es muy original, que sobre eso escribe todo el mundo, así que no lo haré, además un miembro del jurado me dijo *una vez leí un libro que empezaba con la siguiente frase: «Por la mañana me levanté y me corté las venas», justo así es como me sentí al leer tu historia.*

Por la mañana me desperté y me corté un trozo de habitación, pero no se podía comer, se me cayó el último diente de leche y rodó debajo de la cama. Por la mañana me desperté y me corté un trozo de habitación, y luego otro trozo de las clases; por suerte, mi abuelo me enseñó a cortar leña con un hacha, aunque solo trozos pequeños y con un hacha pequeña. Pero el colegio tampoco se podía comer, solo la máquina de la cafetería soltó un montón de regalices con sabor a sandía y fresa y nata, y Silvia, mi única amiga aparte de mi abuelo y Rumoš, vino corriendo del gimnasio, me tapó la cabeza y lanzó una mirada asesina a los que hacían que quisiera cortarme todo, y luego me lanzó una mirada asesina a mí mientras se comía un regaliz de sandía.

Desde que Rumoš murió, no tengo a nadie a quien darle la tabarra, hasta Silvia me dice *cierra el pico y pedalea*. Rumoš murió hace ya tiempo, primero llegó una postal del sanatorio, y luego mi abuelo mató a la cabra porque no había nadie que la cuidara, eso era tarea de Rumoš. Pero su tarea principal era escuchar mis peroratas, todo el mundo lo dice, *Tereza habla por los codos, no se calla ni debajo del agua*, y luego me dan un abrazo.

Y yo me acuerdo de todo, porque para ser chica tengo demasiadas neuronas, pero un día me callaré y no diré ni una palabra a nadie.

Mis padres me apuntaron a un taller de dibujo, así que aquí estoy, sentada en clase mordisqueando el lápiz como si fuera mi habitación, y en mis auriculares suena heavy metal. Le pedí a Silvia que se apuntara conmigo, pero no quiso. Así que estoy sentada en clase, no conozco a nadie y, cuando me quito los auriculares, solo se oye el rasgueo del lápiz y el tictac del reloj y el tintineo de unas llaves y pasos, los suyos, profesor. Camina entre nosotros, hace sonar el manojito de llaves y dice *¿qué se supone que es, un caballo? Parece más bien una rata, ¿y esta caja con orejas se supone que es una casa?* Yo no he dibujado nada, delante de mí un papel en blanco, un lápiz que no se puede comer; usted pasa a mi lado y pregunta *¿y esto qué se supone que es?*, se apoya en mi mesa, las llaves tintinean, *una pared*, respondo.

Después le digo *me bautizaron al mes de nacer, aún no tenía pelo, ni me habían salido los dientes, y cuando el párroco dijo oremos, mi abuela se echó a llorar porque yo también junté las manos, ¿que cómo lo sé?, lo recuerdo; también recuerdo cómo me caí rodando por las escaleras, mire, aquí tengo la cicatriz; y recuerdo todos los cuentos de hadas que he visto, y recuerdo cómo lloraba desconsolada cuando no podíamos deslizarnos en trineo porque había tan poca nieve como hoy, y recuerdo cómo mi madre ese mismo invierno me sacó en el cochecito al patio para que me durmiera, y cuando por fin empezó a nevar, se olvidó de mí, hasta que por debajo de la nieve solo asomaba mi nariz, entonces dejó de mirar la nieve embelesada y corrió a buscarme. Y, no, esto no me lo contó mi madre, simplemente tengo una memoria excelente, no olvido nada, y pobre del que me haga daño, porque lo recuerdo todo, y no me gusta ese dicho húngaro de no es culpa tuya, simplemente acaban de darte un latigazo, lo odio, porque yo lo recuerdo todo, y si le diera un latigazo a alguien, joder, acertaría, y a usted le hace gracia, ni siquiera me regaña por haber dicho joder, no me dice *cuide su vocabulario, jovencita*.*

Otras veces juego con un trozo de arcilla, futuro cenicero, y no paro de hablar, en voz bien alta para que todos se rían, pero sobre todo usted, profesor, *de pequeña me daba miedo la morcilla, había un cuento en el que una morcilla vivía sola en un desván y al final, como se sentía tan sola, se comió un pueblo entero y, con todo el pueblo en el estómago, estuvo rodando por la carretera hasta que se tragó a un pastorcillo y este la apuñaló con una bicska, esto..., ¿cómo se dice bicska en eslovaco? Ah, sí, navaja, la apuñaló con una navaja, y yo tenía miedo de que a mí también me comieran, por eso no me gusta la morcilla. Mi abuelo siempre se ríe de mí, dice que no sé lo que es bueno, que no he comido nada mejor desde que tengo un agujero en el culo. Y también dice que cuando sea mayor debería buscarme un hombre como Péter Esterházy, un escritor húngaro, mi abuelo dice que, además, es de familia noble. Su hermano también, pero es futbolista, y mi abuelo dice que le gusta el fútbol, pero que los futbolistas son gilipollas, así que, según mi abuelo, el hermano de Péter Esterházy tendría que jugar al waterpolo para que fuera lo suficientemente bueno para mí. Según mi abuelo, mi marido podría ser también como Pedro el Verde, el de los cuentos populares húngaros, a cuya madre, cuando murió, se le abrió la cabeza por la mitad y le salió volando una paloma; el único que consiguió esconderse tan bien de la princesa que esta no pudo encontrarlo ni gritando ¡Pedro el Verde! Mi marido será como él.*

Pues yo, dice usted, de niño le tenía miedo a los faisanes. Mi padre una vez trajo uno a casa, para cenar, pero el faisán aún estaba vivo, empezó a volar por toda la cocina y mi madre fue detrás, persiguiéndolo, a ver, Tereza, primero tienes que dibujarlo así, trazar lo que después se va a estampar, entonces, como decía, mi madre estuvo persiguiendo al faisán hasta que salió volando por la ventana. Mi padre le arrojó las joyas de mi madre, pero no le dio, y cuando ella preguntó que qué íbamos a comer, mi padre dijo eso lo tenías que haber pensado antes, le trajo los pendientes de la calle y le dijo toma, cómete esto. Al final comimos puré de guisantes, ¿te gusta el puré de guisantes, Tereza?

Luego en casa raspo el yeso de la pared con un pendiente y me lo como, igual que hacen los niños cuando les faltan minerales, aunque a lo mejor es que simplemente sienten curiosidad por saber a qué sabe la pared y qué se esconde tras ella.

Así que voy a sus clases de dibujo a soltarle el rollo, porque Silvia no va al taller y no está para decirme *cierra el pico y pedalea*, y tampoco mis padres con su *estás todo el día dándole a la lengua, calla un poco, ¡al menos respira entre frase y frase!* Le cuento de todo, por ejemplo, la película que vi ayer, donde la protagonista se hacía amiga de una zorra y al final la zorra saltaba por la ventana y se caía encima de una bicicleta y se oía un ruido metálico al romperse el timbre de la bicicleta. Y le hablo también de Rumoš, porque Rumoš era mi mejor amigo, le obligaba a escribir dictados en eslovaco, Rumoš era húngaro, pero escribía obediente lo que yo le dictaba, en serio, no se ría, él también me enseñó a liar cigarrillos en una de esas cajitas metálicas y me llevaba en la cabra, le sujetaba la cabeza mientras yo me subía, pero aguantaba muy poco rato montada, Rumoš tenía que bajarme enseguida porque el lomo de la cabra se me clavaba entre las piernas.

Le hablo del documental que vi una vez cuando mi abuelo se quedó dormido en el sofá. Era sobre unos lobos que se subían al tejado de una cabaña, arrancaban las tejas con las patas y el hocico y desmontaban el tejado para llegar hasta la mujer que dormía dentro. Primero se comieron a mordiscos sus jóvenes pechos, que asomaban por el escote del camisón, luego su vientre y su pelvis, uno de los lobos se llevó una pierna a un rincón y le chupó los dedos; cuando cada uno había acabado con su parte, todos se lanzaron sobre la cabeza, y al final se comieron el pelo y más tarde lo vomitaron en algún lugar del bosque, pero luego tuvieron que estar un buen rato sacándose pelos de las fauces con sus patas. Eso me recuerda que en casa siempre vomitábamos en un balde marrón que se usaba para poner la ropa sucia, le hablaré también de eso. Terminó diciéndole que no sé si eran realmente lobos, porque lo vi hace ya mucho tiempo; más que lobos, parecían perros pequeños y gordos. El caso es que a mí me siguen dando miedo las morcillas y dormir en una cabaña. A la semana Matúš, un chico del curso, moldea en arcilla un lobo deforme aullando, usted se echa a reír y lo señala *imira, un perro pequeño y gordo!*

Silvia viene a buscarme con su nuevo novio, me esperan delante del edificio fumando. Cuando salimos, Silvia le mira con mala cara, usted mira con mala cara a Silvia, yo llevo el libro que me ha prestado y los discos, aunque en casa no tengo dónde escucharlos, así que me descargo las canciones de internet y al día siguiente le digo *gracias por los discos, buenísimos*, y usted dice *escucho ese grupo desde hace mucho, pero no le gusta a nadie*, y luego veré a Silvia, que está fumando delante del colegio y comiendo regaliz de sandía para quitarse el sabor de los cigarrillos. Dobla la bolsa de plástico de los regalices, se la guarda en el bolso y la vuelve a usar más tarde, porque Silvia es así, no le interesa el arte, pero sí las bolsas de plástico, y también le intereso yo, por eso siempre viene a buscarme y le pone a usted mala cara.

El otro día, le enseñé la cicatriz que me hice una vez que me caí rodando por las escaleras y usted se arremangó la camisa y en el brazo tenía una cicatriz mucho más grande, parecía de plastilina. Cuando le pregunté cómo se la había hecho dijo *haciendo el amor con un trozo de cristal*, y cuando, al ir a levantar las cejas, los ojos se me abrieron como platos, usted añadió *me lo follé* y se rio. A partir de entonces ya no me preocupó utilizar vocabulario soez, aunque nunca debería haberme preocupado, porque escucho heavy metal, llevo camisetas con esqueletos y cadenas en los pantalones y, aunque no fumo como Silvia, ya no soy una niña como cuando obligaba a Rumoš a que me llevara montada en la cabra.

Usted me pregunta que a qué instituto quiero ir. Yo le digo que aún no lo sé, aunque sí que lo sé, y usted dice que ya debería saberlo, pero yo no le digo que en realidad ya lo sé, ni siquiera cuando me pone delante un libro de anatomía para artistas y me obliga a dibujar a la mujer de la página cuarenta y dos. La mujer de la página cuarenta y dos no tiene pelo, no tiene pechos, no tiene piel, como si la hubieran devorado los lobos. Dibujo sus músculos y pienso en mi madre, que no se parece en nada a la mujer de la página cuarenta y dos, mi madre siempre tiene la piel bronceada, su pelo es rubio, tiene la cintura estrecha y las piernas delgadas y lleva vestidos rojos, y a mí todo el mundo me dice que soy igualita a mi padre!

Toda mi ropa es negra, soy el pequeño funeral andante de mis padres. Usted mete el dedo por el ojo de la cadena que llevo sujeta al cinturón, me pregunta si es esto lo que se lleva ahora, quiero soltarle que *no, joder, no se lleva*, pero, en lugar de eso, bajo la mirada y en casa me quito la cadena, la guardo en un cajón y llamo a Silvia para pedirle un cigarrillo. Silvia me lo trae, se ríe de mí y luego me da golpecitos en la espalda mientras me ahogo con el humo, *¿dónde tienes la gilipollez esa que llevas en los pantalones?*, le lanzo una mirada de odio y antes de acostarme vuelvo a ponerme la cadena.

Usted mete el dedo por el ojo de mi cadena y tira de ella, *coge tus cosas, vamos a un concierto, en una iglesia*. Hace que mi pendiente se balancee, el de la cruz invertida con el que me como mi habitación; ayer también intenté comérmela mientras mis padres se gritaban *joder o perdona, cariño, ¿ahora por qué te enfadas?*

Yo no voy, digo, pero unos minutos después estoy sentada en el coro, sosteniendo el cenicero que yo misma he hecho, creo que se lo daré a Silvia.

Delante de la iglesia me dice *te quiero*.

En clase me dices *por favor, no me trates de usted*.

Tienes delante un pastel y varias tazas de té, no bebes café porque se te acelera el corazón, me abrazas y me dices *ya nos hemos tuteado* y yo asiento con la cabeza, su nombre sabe al yeso de mi habitación, me raspa en la garganta, pero aun así me lo trago, orgullosa de que por fin mengüe.

Después me invitas a tu casa. Al abrir la puerta, llevas puesto el abrigo, como si fueras a ir a algún sitio, pero nos sentamos en la cocina y me preparas una infusión, aunque yo quería café, pero me dices que yo todavía no tengo edad para tomar café, así que le doy sorbos a la infusión y observo la decoración de las paredes. Me gustaría decir algo, pero no sé qué coño decir, algo sobre Rumoš o sobre el abuelo o sobre Silvia, aunque a ti no te gusta Silvia. Al final, apunto hacia la esquina de tu cocina y digo *mi abuela tiene los mismos azulejos en el váter*. Me pellizcas en la mejilla y te ríes, a ti sí que puedo decirte cualquier cosa, puedo estar hablando sin parar.

Mientras me pongo los zapatos, me preguntas si mis padres no estarán buscándome, *no creo, les dije que iba a casa de Silvia*, te digo, y te doy un largo abrazo.

En casa oigo un ruido en mi habitación, probablemente sea sangre hirviendo, habrá que comérsela.

Hierve mientras estamos sentados en tu cocina, a tu espalda tienes los mismos azulejos que en el váter de mis abuelos, y también un delantal con tu nombre. Hojeas el libro *De Rodin a Moore*, forrado en plástico; *y esta escultura, esta de aquí, me cambió la vida, después incluso hice una parecida*, ahora hablas tú sin parar y yo te escucho, y luego en algún momento te callas y me preguntas *puedo abrazarte*, como si no me hubieras abrazado nunca; el otro día hasta me diste una palmadita en el trasero cuando me iba, no moviste la cabeza, así que mis labios besaron la comisura de tu boca en lugar de tu mejilla, y ahora de repente me preguntas *puedo abrazarte*, y yo hace ya tiempo que espero entre tus brazos a que gires la cabeza y te salga sangre hervida por la boca.

51

Tereza no es su hija, podría serlo, pero no lo es, su hija tiene el pelo rizado y Tereza lo tiene liso, pegado a la cara. Su hija tiene la nariz pequeña y Tereza la tiene aguileña, tiene las cejas gruesas y unos labios que lucirían fenomenal con un pintalabios, mientras que su hija tiene la boca como una hucha de cerdito, tan estrecha que nunca cupieron las monedas de su paternidad, ella dejaba que cayeran al suelo y se encerraba en su habitación. Tereza tiene unos labios con los que ahora lo besa, su lengua se desliza entre ellos como una moneda de oro, Ivan puede oír el tintineo, puede oír cómo Tereza en casa se frota la moneda contra los muslos y cómo sus padres le preguntan *dónde has estado*, y también puede oír cómo Tereza contesta *en la ciudad con Silvia* y le tiemblan las manos todo el rato. Ahora, mientras sostiene entre ellas la cara de Ivan, también le tiemblan. Le tiemblan incluso cuando le acaricia la espalda y le dice *no llores, que no ha pasado nada malo*, esas cosas le dice Tereza, y también le dice *mira, se te cae pelo por todas partes*, lo recoge, lo tira a la basura y después se sacude las manos encima del cubo.

13

Tú dices *podemos estar juntos, pero solo un rato, nadie puede enterarse, pero un rato podemos.*

Y también dices *estaremos juntos para siempre, te amaré para siempre.*

Y además *ino esperaba que supieras besar tan bien!*

No esperabas que supiera besar tan bien, ahora llevo días orgullosa de ello, camino orgullosa por el colegio y solo pienso en lo bien que sé besar, en lo bien que me enseñó Silvia. Te interesaría saber cómo me enseñó Silvia; te lo contaré un día de estos. Pero me da pena que no quieras que nos besemos frente al espejo, que no quieras vernos a los dos juntos, como pareja, así que nos besamos en el sillón que hay entre tus esculturas, entre una bola gigante con una pirámide en el centro, otra escultura que se llama escaleras hacia uno mismo y un martillo que está clavándose un clavo en el mango. *Es un martillo cristiano, digo entre beso y beso, y tú me elogias, qué niña tan lista y tan graciosa eres, y también qué bien besas, hacía mucho tiempo que no me besaba así con nadie.*

Después del colegio voy directamente a tu casa, te cuento cómo mi padre se metió debajo de mi cama y gritó que había un montón de polvo, *cómo puedes tener tanta porquería*, dijo, y tú me acaricias la cabeza y dices *nunca le diría eso a mi hija, me destrozaría el alma*, y también me dices *te pareces tanto a mi hija, ¿sabes lo aterrador que es eso?*, *nadie puede vernos juntos*.

Después del colegio voy directamente a tu casa, me salto las comidas, al menos así adelgazo. Mi abuelo dice que si nuestro país se asentara en unas piernas tan firmes como las mías, viviríamos como reyes, y, bueno, yo no sé qué opinas tú de mis piernas, en la izquierda tengo un moratón de la bicicleta y una marca de nacimiento de la que sale un pelo, que suelo arrancarme con las pinzas de mi madre. Así que me arrimo a ti, más con la pierna derecha que con la izquierda, y tú dices: *Tereza, no te arrimes tanto, ¿qué te crees, que soy de piedra?*

Me duele un poco el estómago, porque lo tengo vacío, solo me he comido la mitad del almuerzo de Silvia, que ha traído fruta sacada directamente del congelador, dura como una piedra. En clase todavía seguíamos chupándola, con la cabeza inclinada sobre los cuadernos. La chupábamos y se nos caía la saliva por la barbilla.

Después del colegio te meto la mano en los pantalones por primera vez. Me recuerdas a un trozo de morcilla, ni dura ni blanda, lisa, de la que aún emana calor, mientras se anuda la tripa, el jugo gotea en el suelo y mi abuelo dice *aprieta un poco más* y Rumoš dice *no, mejor no, que revienta*, pues a eso me recuerdas, pero no tengo miedo, porque ya no soy una niña, sonrío, mi boca inmersa en tu incipiente barba, y meto la mano en tus pantalones, después me arrodillo junto a la cama para ver si mi padre está debajo.

Silvia se enciende un cigarrillo, y la mezcla del humo y mi perfume, con el que intento cubrir tu aroma, huele fatal.

¿Y cómo fue?, pregunta, ha quitado ya tres pelos blancos de mi chaqueta negra; según ella, sería mejor que dejara de llevar ropa negra; por si acaso, *genial*, me encojo de hombros, en uno de ellos me cae ceniza del cigarrillo de Silvia, brilla igual que tu pelo.

Como cuando estás mucho tiempo sentada a lomos de una cabra.

Todas las mañanas Ivan escribe a su hija y luego escribe a Tereza, pero solo una de ellas le contesta, nunca las dos. Le gustaría que le respondiera su hija, pero suele hacerlo Tereza, siempre pone al final del mensaje tres corazones, tres pelos pegados. Hoy le escribió que se había comprado unas medias negras y que le había pedido un corpiño a Silvia, Ivan se ríe al imaginarse la escena, las dos chicas peleándose con el corpiño, tirando de los cordones, hay uno que se afloja todo el rato. Solo que una de esas chicas es Tereza, con medias negras y una llave colgada al cuello porque él le dijo que era la llave de su corazón. Es Tereza la que se echa a llorar porque soñó que él la abandonaba, y al verla Ivan se echa a llorar, *antes preferiría morir*, lo dice y piensa en su hija, que le escribió hace tiempo que al final sí volverá a casa por Navidad, en que llevará las zapatillas de andar por casa deformadas porque se han adaptado a los pies de Tereza, se lavará el pelo en la bañera en la que le lava el pelo a Tereza, en la que inclina la cabeza hacia atrás y chilla cuando le entra el champú en los ojos. Pensó en la última vez que le había lavado el pelo así a alguien, fue a su hija y ella no le dirigió la palabra en todo el tiempo, simplemente se quedó de pie en la bañera con los brazos cruzados dejando que el agua le corriera por la cara y se llevara los mocos y la saliva.

Ivan todos los meses se alegra cuando a Tereza le viene la regla. Envuelve a su niña en una manta y la besa en la boca; Ivan todos los meses se alegra cuando su hija le escribe y le cuenta que en Madrid hace buen tiempo y que en Madrid tiene un trabajo estupendo y que en Madrid no sale con nadie, vive con una pareja de gais y su gato. Ivan siente celos por primera vez cuando Tereza se va de vacaciones a Bulgaria, *aquí hace buen tiempo y hay un camarero que se parece a ti en las fotos antiguas, es igual que tú, cariño, tiene el pelo negro y rizado y unos músculos no muy*

marcados. Ivan fuma en la cocina, ni siquiera abre la ventana, y cuando Tereza regresa de las vacaciones, le dice cariño, el sol te ha dejado un pelo rubio precioso, unas pestañas rubias preciosas, y también una piel preciosa, morena, como la de tu madre; tomaste el sol desnuda como te dije que me gustaría que lo hicieras, y te has traído ese vestido rojo que llevabas puesto en la foto que vi, lo tienes, y te lo pondrás cuando lleguemos a mi casa, con discreción, lo sé, cariño, si lo llevaras puesto ahora no pasaríamos desapercibidos, todos se volverían para mirarte, preguntándose de dónde ha salido una mujer tan hermosa, y ahora, cariño, vete a casa para que nadie nos vea juntos, y la próxima vez ponte el vestido, mañana mismo, ven mañana, te estaré esperando, y iten cuidado, cariño, que no te vea nadie!

14

Llegué a casa y mi madre me miró y me dijo *mira qué piernas, podrías moderarte un poco con la comida*. Más tarde en mi habitación pienso en cuando iba a gimnasia rítmica, donde debajo de los maillots no nos dejaban llevar braguitas, y pienso en cómo eran mis piernas entonces, y pienso en cómo son mis piernas ahora, no cuando me miran mis padres, sino tú mientras me toco y tú me dices que soy una mujer preciosa con unas piernas preciosas.

Me toco e imagino tu cuerpo, imagino tu cara: yace sobre una almohada de satén, hay gusanos saliendo de tus ojos, saltan y golpean el interior del ataúd.

Llegué a casa y mi madre me dijo *tu cuarto es demasiado infantil, con ese papel pintado y todo lo demás*. Nos montamos en el coche y mi padre hace una broma, como las que hacen todos los padres, y yo me río, como se ríen todas las hijas, pero mi madre no se ríe, dice algo sarcástico, mi madre es húngara como Rumoš; *eso tendrías que haberlo pensado antes*, le dice mi padre, y para el coche en mitad de la calle, se baja y se va caminando; yo voy detrás de él y le digo que vuelva, que mi madre no sabe conducir, y él dice que tendríamos que haberlo pensado antes, nos incluye en ese plural a las dos y sigue caminando; yo vuelvo a por mi madre, pero ella ya no está allí, y me encuentro solo el Alfa Romeo vacío con la placa de matrícula torcida hacia la izquierda; *papá, es un coche horroroso*, le dije cuando lo trajo, y la verdad es que sigue siendo feísimo.

Tengo miedo de ir a mi casa, así que voy a la tuya, me envuelves en una manta y me das un trozo de pan untado con mantequilla, *come, cariño, la tristeza es solo hambre disfrazada.*

Pero mi madre ya no estaba, ¿no lo entiendes?

Lo entiendo, me dices, me besas como si fuéramos sardinas en lata, pegándote a mí. Nadie me busca y tú no paras de decirme yo sé cómo te sientes.

Me atas las manos con la cadena de mis pantalones; somos el pequeño funeral andante de mis padres.

Tendrían que haberlo pensado antes.

Después, en casa, me toco y me alegro de que nadie se haya dado cuenta de nada, de que nadie me haya buscado; fui a verte y luego volví tranquilamente a casa y mis padres estaban sentados tranquilamente en el sofá, mi padre en el centro y mi madre asimétricamente a la izquierda, torcida, como la horrible placa de matrícula; no dicen nada, aunque probablemente lo sepan todo, pero supongo que tendríamos que haberlo pensado antes.

Más tarde en casa intento llamarte, pero nada, no me lo coges en unos cuantos días, la habitación se me mete ella sola en la boca.

No llores, venga, me duele tanto verte llorar, ya te he dicho que lo siento, así que no llores, por favor, no llores, mejor vete a dar un paseo, vete al bosque, sube a la colina más alta, encuentra el abeto más bonito y tálalo, eso te cansará y dejarás de llorar, y come algo, porque la tristeza no es más que hambre disfrazada, y cuando estés en la colina podrías también montar en trineo, y en ese trineo podrías bajar el abeto y colocarlo en casa, pero tú no te has traído el trineo, ¿ves?, ya te ríes, eso está bien, cariño, ríe, porque es ridículo hacer tantas tonterías en un solo día, olvidarte el trineo en casa y además talar un abeto sin motivo, ¿verdad?, tú ríe, cariño, claro que sí, sobre todo no llores, ime rompe el corazón verte llorar!

Me abrazas durante un buen rato, me miras a los ojos, me acaricias el pelo, me lo peinas y me pones crema en la cara, toda roja de tu barba. Luego me dices *ieres tan guapa como tu madre!*

Me dices:

Después de un orgasmo se te hinchan los labios.

Después de un orgasmo se te hinchan las mejillas.

Después de un orgasmo se te deshinchon los muslos, tienes unas piernas tan bonitas y delgadas.

Méteme tu trineo hasta dentro. ¿No te hace gracia?

Cariño, es que me pones tanto que me voy a correr enseguida, y supongo que no querrás quedarte embarazada, ¿verdad, cariño?

Cariño, tienes un culito precioso, el culo más bonito del mundo, pero tendrías que hacer algo con esos sarpullidos, ponte propóleo, o manzanilla, la manzanilla es antiinflamatoria, los sarpullidos te desaparecerán enseguida y entonces serás perfecta, la mujer más guapa del mundo!

Cariño, tienes que pegar mejor esa asa, mira, así.

En el colegio llamas cariño a todo el mundo, pero solo me besas a mí después de la clase de dibujo, en el almacén, me da miedo moverme para no tirar las jarras, los platos y los animales de cerámica que hay en las estanterías. Me apoyo en ti, *cariño, con cuidado, no sea que tires las jarras, mira cómo les han pegado las asas, como si fueran orejas de soplillo, seguro que en el horno se rompen; y mira esos estúpidos animales, aunque esta jirafa es una monada, imira cómo saca la lengua!*

Saco la lengua, pero solo un poco para no romper nada.

El domingo digo que voy a dar un paseo. Miento para no romper nada. Estamos sentados en tu piso, me metes la lengua en la boca, cortas fruta con ella.

¿Sabes qué? Mi hija esta mañana tenía el pelo todo alborotado.

¿Sabes qué? Mi mujer nunca me quiso, nunca quiso ir de la mano conmigo por la calle.

¿Sabes qué? Mis padres estaban todo el rato peleándose, yo huía a casa de mi abuela y en el patio construía casas de barro.

Saco la lengua y la clavo entre tus piernas para que no estés triste. Para que me acaricies el pelo, se me aplaste y se me pegue a la cabeza.

Tereza, cariño, ¿tienes dinero, irías a comprar unas cervezas?

Y yo voy, aunque tengo miedo de que alguien me vea; ya tenía miedo de camino y ahora vuelvo a tener miedo, pero sé que tú me lo compensarás, he visto en tus ojos que cumplirás con los deseos que has visto en los míos, así que voy a la tienda y tras el mostrador está la señora a la que Rumoš le compraba tabaco y regalices, el tabaco para él y los regalices para mí. Seguro que sabe que todavía no tengo edad para comprar cerveza, así que pido un regaliz y vuelvo corriendo a tu casa. Poso mis ojos llorosos sobre ti por todas partes, como ciruelas lavadas en un cuenco, frescas, recién cogidas del árbol.

Del mercado traigo fresas frescas, frambuesas frescas, cerezas frescas; chupas la pulpa y me escupes los huesos en el cuerpo. La fruta fresca tiene que ser fresca de verdad, sin manchas ni estrías, por muy frescas que sean las estrías, como esas que me aparecieron el día que me bajé los pantalones. Dicen que durante el crecimiento es normal. Los pechos no pueden ser ciruelas, tienen que ser más firmes y estar siempre frescos, a diferencia de tu cuerpo.

Dije que iba a dar un paseo. Pero estoy sentada a tu lado, espero a que me toques y, mientras, miro una mosca de la fruta que vuela alrededor de un cuenco lleno. Luego se posa en tu pie, entra en ti, hunde primero su cabecita negra, zumba hasta que consigue meter el cuerpo en tanta carne. Desaparece durante un momento, hasta que al fin la oigo zumbiar en mi propio pie. Sale de él y vuela a la cocina. Allí revolotea sobre la basura.

Estoy esperando a que me toques, espero y seguiré esperando, y durante la espera llego a casa y mi padre me dice *eso es porque no tienes nada de paciencia, ino puede ser todo siempre como tú quieras!*

Pero tú, cariño, tú eres como yo quiero, te dejas crecer el pelo como yo quiero, te vistes como yo quiero, te desvistes como yo quiero, pones tus labios en mi coño como yo quiero.

Delante de mi padre me pasas el brazo por los hombros. *¡Tiene usted una hija muy especial!*

Para el almuerzo me compras mi comida favorita, hasta esto es como yo quiero, y comemos del mismo plato, con una sola cuchara, con una sola mano, con una sola boca. Con la otra me besas debajo de la mesa y, cuando te ofrezco un poco de carne que ha sobrado, me besas de nuevo y me dices *come, come tú, que todavía estás creciendo*.

Te has comido mis ojos, ahora no veo lo viejo que eres.

Te has comido mis manos, ahora no siento lo suave que eres.

Te has comido a mi padre, él aún no sabe cómo eres.

Cómeme algo más, amor mío, te digo y tú me muerdes las orejas de soplillo.

Cómeme algo más, cariño, te digo, y vienes al ensayo del primer baile escolar y te lo comes. Querías verme con falda y tacones, así que aquí estoy. Tú también estás aquí, durante el recreo nos escondemos bajo las escaleras, junto a los baños, y tú me dices *tráetelos mañana a mi casa, cariño*; mi compañera de clase corre por las escaleras, nos ve a través de la barandilla mientras nos besamos, se mea encima y luego por la mejilla me corre un hilillo de su orina en vez de lágrimas.

iPorque podrían habernos descubierto de tantas maneras! Pero eso tendríamos que haberlo pensado antes.

Ahora lloro, pero podría haberlo pensado antes, podría haber pensado que algún día lloraría, y la verdad es que lo pensé, y ahora ha pasado. Mi madre está sentada a mi lado diciéndome *qué haces con alguien así, ese ya no vale para nada, lo mejor es que te olvides de él cuanto antes.*

Solo que yo me acuerdo de todo, incluso de mi propio bautizo, también de cómo Rumoš me paseaba en la cabra, y de los trozos duros de morcilla que no había quien se comiera y que mi abuelo dejaba en el borde del plato; y ahora mi memoria se cocerá envuelta en film transparente, atada con la cadena de mis pantalones. Ahora se puede meter el dedo a través de mi memoria, igual que a través del ojo de esa cadena, como por un ojo humano, suave y pegajoso.

Y, mamá, iun ojo así después ya no sirve para nada!

Y cuando se despierta y gira la almohada, ahí, en un pequeño charco de sudor está Tereza. Da vueltas delante de una versión en miniatura de su bloque de pisos y espera el momento adecuado para llamar al timbre, para que no la vean, y, aunque consigue llamar, nadie le abre, y vuelve a llamar, y siguen sin abrirle. Tereza se sienta en el bordillo de la acera y llora. Ivan puede ver perfectamente que debajo del vestido no lleva bragas. La mira y se dice a sí mismo que así, escondida bajo la almohada, es igual que la estatuilla que talló hace quince años, hizo un agujero en el centro de un palito de madera y fijó el palito a un soporte. Toda la estatuilla era increíblemente pequeña, medía apenas tres centímetros, y sin embargo a través de su agujero se podía contemplar el mundo. Hizo esa estatuilla hace quince años y durante un tiempo la llevó consigo a todas partes en una cajita de tres centímetros y medio hecha a mano, *mira lo que he hecho*, le decía a todo el mundo, y la gente se quedaba maravillada, *es igual que tus otras estatuas, pero a la vez tan increíblemente chiquitita, nadie diría que tienes unas manos tan delicadas, tan finas, ¿de verdad no la has hecho con una máquina?* Y quince años después quien llora bajo su almohada es Tereza, igualita que la Tereza real, solo que esta es increíblemente chiquitita, ahí llorando sobre su sábana sudada mientras Ivan le dice *te dije que esto no podía seguir así, ya no puedo más, ¿me oyes, Tereza?*

15

Mi habitación no se puede comer. No la puedo mascar, tragar y luego sacarme los restos de entre los dientes con la lengua, no puedo darle la vuelta y remendarla, mi habitación no sabe inclinarse y sacar el culo para que al final la degüellen, y yo estoy aquí sentada, en esta habitación, que es mía, pero en la que no puedo hacer nada. Puedo salir, sí, pero ¿para qué, si no es para ir contigo? De mi cuarto no se puede salir para estar con nadie más que contigo, y tú ya no estás permitido; solo está permitido montar en bici con mi padre, vamos por la calle principal, los coches circulan a nuestro lado. A mitad de camino es mejor que estar en la habitación, siempre hay alguien asomado. Después es peor, me quito el casco, me siento en la cuneta y lloro. Mi padre está de pie junto a mí y bebe agua, la masca, la traga e incluso ya de vuelta en casa sigue sacándosela de entre los dientes con la lengua, incluso de vuelta en casa sigue intentando sacarme de entre los dientes, pero no hay manera.

Quizás es porque no estoy entre sus dientes, sino en el cuarto, es pensarlo y me río, si es que mira que soy lista.
Mientras tanto, mi padre está arrodillado en la cocina y llora, tiene la cabeza pegajosa de las lágrimas.

Me peino la melena, pero el peine no es tu mano; lo tiro junto con el pelo. Después señalas desde tu ventana el lugar en el que estaban mis trenzas, no oigo lo que dices, pero aún no puedo entrar a tu piso, así que me encojo de hombros y corro a casa, a medio camino me siento en la cuneta.

Eres un pelo en la garganta de mi padre.

En tu piso no tengo una habitación, ni siquiera tengo las llaves de tu piso, tu piso es completamente tuyo, pero yo también soy tuya, así que ¿en qué situación nos deja eso? En tu piso me siento como en casa aun después de tanto tiempo de ausencia, echo un vistazo para ver las novedades, has cambiado los azulejos de la cocina.

¿Dónde está tu pelo?

¿El mío?

Qué bien que hayas vuelto.

Qué bien, me estaba volviendo loco.

Qué bien, no volveré a dejar que te vayas.

Mi padre, por su parte, no tiene ni idea de que tiene un pelo en la garganta, o ya se le ha olvidado, cena tan tranquilo, hace ruido al masticar y se chupa los dedos.

Ayer me metiste el dedo en la boca y dijiste *¡qué bien que tú también estés pensando todo el rato en eso!*

¡Me encanta mirarte mientras lo hacemos!

Entraré entero en ti y te miraré a la cara, Tereza.

Entraré en ti por detrás y te diré qué lista y madura eres.

Me ha salido una ampolla en el dedo. La pincho con una aguja caliente, me tiemblan las manos, sumerjo la herida en la infusión de manzanilla, que no soy yo, porque en mí todavía no has hundido nada hasta el fondo, solo dices que vas a hacerlo, pero tienes mucho cuidado, y saco el dedo de la infusión y con la ampolla se me desprende la piel vieja, en su lugar queda piel fresca y dolorida.

Lo de la manzanilla me lo recomendó Silvia, se ríe de mi dedo sin piel y me cuenta más novedades, como que su hermano ahora tiene abejas y produce miel, y que hay que utilizar una cuchara limpia para coger la miel porque, si no, se pone dura, es decir, que no puedes meter la cuchara en la miel, luego en el té y luego otra vez en la miel, eso solo lo hace la gente que no sabe absolutamente nada de la miel, el hermano de Silvia dice que sería mejor que esa gente comiera azúcar blanco y luego la palmara de un infarto. Silvia se ríe también de él.

Te beso en los muslos y digo *yo soy la miel y tú eres la cuchara limpia que me ama.*

Cuando te pregunto qué quieres comer, me respondes *¡a ti!*

Y cuando te pregunto qué pasa, por qué estás de morros, respondes *¡no debí liarme con esa mujer! Hasta mi hija la quería a ella más que a mí, estaban siempre peinándose la una a la otra.*

La semana pasada dormí en tu casa por primera vez. En cuanto mis padres se marcharon de la ciudad, de este país, en cuanto cruzaron fronteras que no se pueden comer ni masticar, ya estaba yo en tu casa, sin bragas y con una botella de vino, primero estuviste horas diciéndome lo que ibas a hacerme, luego lo hiciste, luego te dormiste, *a tu lado me siento tan seguro, Tereza*, y yo me pasé toda la noche mirando fijamente la puerta de tu armario, y cuando te despertaste dijiste *voy a meterte el dedo en esa boquita que tienes y a follarte como un animal*, luego me metiste el dedo en la boca y dijiste *llevo toda mi vida esperándote*.

Y cuando Ivan se despierta, sentada a su lado está Tereza, dormitando; puede ver pequeños pliegues en su vientre. Quiere decirle que es mejor que se busque un chico joven, que es lo que necesita, y no a Ivan, que intentó enseñarle a quitarle la piel al pollo sin que se rompiera. Metió los dedos por debajo de la piel y la fue separando lentamente de la carne, se le quedó colgando de las manos como un trapo mojado, con alguna que otra pluma todavía. Luego dislocó los muslos por las articulaciones, arrancó las alas y separó las pechugas, puso los huesos y el resto de la carne en una bolsa de plástico y lo metió en el congelador mientras Tereza lo miraba fijamente, igual que hace ahora, abre los ojos como si no hubiera dormido, nada de despertarse lentamente, nada de bostezos, solo saliva en la comisura de los labios. Le pregunta si la dejará si se va a estudiar a otra ciudad, porque eso le da mucho miedo, no quiere agobiarlo con eso, pero tenía que preguntárselo, mientras dormía estuvo preguntándose todo el rato, pero él no respondía y ahora niega con la cabeza *claro que no, isí llevo toda mi vida esperándote!*

16

Silvia me pregunta si no me da miedo irme de la ciudad, y yo le digo que no me da miedo nada. Tomamos el sol de agosto, las delgadas piernas de Silvia y mis piernas, esas columnas sobre las que se asienta el país, cuelgan del balcón.

Luego me llamas y dices *Tereza*.

Solo déjame en paz, no me llames, y mucho menos vengas a mi casa, porque está aquí mi hija y ya sospecha algo, así que déjame en paz, ya basta, se acabó.

Silvia me pregunta si estoy bien, me pone otro cigarrillo en la mano y me dice *a ver, al final seguro que vuelve, solo está haciéndose el interesante, como siempre, joder, tendría que haberme puesto factor treinta, me pican un montón las piernas.*

Silvia fuma Marlboro Red porque es lo que fuma su hermano. Y Marlboro Red es lo que compro yo de camino al instituto, la dependienta del estanco que hay en la estación no tiene tiempo de pedirme el carné y yo ya parezco una mujer, todo el mundo me lo dice, tú también me lo dices. La cola detrás de mí es cada vez más larga, toda esa gente va a ver a alguien, yo voy a verte a ti, a veces a algún chico. Fumo en una ciudad en la que no conozco a nadie, solo Silvia me llama todas las noches y me pregunta *qué tal, aquí en Košice es todo muy aburrido, siempre hay alguien controlando si fumamos en la ventana, tenemos que ir a fumar al baño.*

Uno de los chicos tenía las extremidades como un grosellero muerto; cuando se enjabona la polla, le sale espuma por el culo, diría Rumoš, pero no me lo diría a mí, sino a mi abuelo y tapándose la boca con la mano.

El chico ese tenía la columna afilada como la de una cabra.

Mientras comía, nunca, ni siquiera una sola vez, apoyó el codo en la mesa, lo miro todo el rato esperando a que apoye el codo, pero él nada, y yo odio esperar.

De camino a ver a ese chico te llamé y tú dijiste *Tereza, tú sabes que es a mí a quien quieres.*

Odio la forma en que come este chico, odio este restaurante, todo sabe a comedor escolar, solo que primero tengo que quitar la servilleta en forma de cisne del plato para poder comer. El chico se llama Martin, ¿qué clase de nombre es ese?, todos los chicos se llaman Martin, y ni uno pone el codo en la mesa durante la comida. De ti este chico dijo *no entiendo cómo pudo dejarte.*

Estoy con Martin en el restaurante, Martin me pregunta de todo, pero no apoya el puto codo. A nuestra derecha hay una pareja, cogerse las manos, la mujer suelta la del hombre solo un momento, mientras le saca la raspa a la trucha asada, y esa trucha eres tú, tienes pan rallado en los ojos, me miras fijamente y dices *Tereza, sabes que es a mí a quien quieres.*

Martin me extiende el brazo y me coge la mano, ahora, me digo iahora, ahora sí apoyará el codo!

Pero Martin acerca mi mano a su cara y la besa, ese beso es como un panecillo integral, supuestamente saludable, así que dejo que Martin sostenga mi mano por encima del mantel, los platos, las cucharas, los tenedores y los cuchillos; Martin me dice *no entiendo cómo pudo dejarte*, y lleva razón, en serio, ¿cómo pudiste? Cuando me suelta la mano, cojo la cuchara y la lleno de sopa, la elevo dibujando un arco por encima del tenedor, el cuchillo y la servilleta en forma de cisne, y me la llevo a la boca.

Podría metérmela más adentro, hasta el fondo, sin ningún problema, podría tragármela entera y la cuchara se deslizaría por mi garganta hasta el estómago y luego más abajo y luego aún más, hasta que saliera de mí y ya no fuera una cuchara, sino tu hijo, el que siempre has querido, *Tereza, cuando vuelva a nacer, naceré de ti*. Pero estoy aquí sentada, esperando a que Martin apoye el codo en la mesa, pero él solo dice *no entiendo cómo pudo dejarte*.

No puedes meter la cuchara en chicos así, no puedes apoyar los codos en ellos porque los chicos así se romperían, se quebrarían como un grosellero muerto, es lo que me repito antes de irme a dormir.

Jerguš se sienta enfrente, apoya los codos sobre la mesa del bar, junta las palmas como un auténtico filósofo, apoya la barbilla en ellas y dice *bueno, ¿qué tal?*

A él le entregaré lo que me queda de virginidad.

Oye, ¿no quieres lo que me queda de virginidad?

Bien, sin novedad.

A Jerguš le da vergüenza estar desnudo, tiene el esternón hundido. Como un lago en el que se puede llorar. Como una montaña que en el último momento cambió de opinión y se quedó con la virginidad que le quedaba para sí misma.

Su cabello rubio le cae sobre los hombros.

Teníamos diez años cuando nos conocimos, tocó mi vientre plano y su hermano y Silvia gritaron *¡que se besen!*

Y después está Dori Frolov; Dori Frolov es ucraniano. Dice que parezco una chica portuguesa y que mis ojos son más bonitos que los tejados de los edificios eslovacos, porque lo que más le gusta ver de una ciudad son justo los tejados de los edificios. Luego dice que escribe poesía. Tiene tatuada en el hombro alguna fecha importante, el cumpleaños de su madre, el cumpleaños de su padre, mi cumpleaños, algo así. Lamo sus tatuajes y saben a fecha de caducidad, a versos adolescentes traducidos del ucraniano.

Y luego está Sony, ni idea de cómo se llama en realidad, que dice *bailas de la forma más seductora del mundo y tus ojos son los más bellos del mundo*, y también *me llaman Sony, porque hago sonar las campanas en el corazón de cada mujer*. Porque algunos lo llaman corazón y Sony me susurra al oído *ieres la chica más lista del mundo!* Por la mañana te llamo, seguro que ya lo sabes todo, seguro que te duele, ahora sí que ya no tienes que cogerme el teléfono, por un momento sonaron campanas en mi corazón, pero al final solo era el corazón; *da igual*, diría Silvia; *es un cliché de manual*, y no como *la mujer que después de despertarse por la mañana se cortó las manos*, dirían en el concurso literario; *quién diría que eres hija mía*, diría mi padre.

Tú dices *qué bien que me llames, cariño, me encanta tu voz, y siempre que vienes a verme estás radiante de felicidad, me alegro tanto de que seas feliz, iestoy tan orgulloso de ti!*

Por la mañana me saco un pelo de la boca, es tuyo, es blanco y largo, de su extremo cuelga una cuchara.

Con una mano aún pegajosa, Maroš agarra la botella de vino antes de que caiga al césped, con la otra se abrocha los pantalones. Reviso el móvil; hay un mensaje tuyo. *Hace tiempo que no me envías ningún cuento.* Al día siguiente corro a la oficina de correos con un sobre, dentro del sobre va un cuento; en el concurso los miembros del jurado me preguntaron *¿de qué trata, es solo que le gustan los hombres mayores o hay algo más?* Todos se rieron, yo también esboqué una sonrisa. Pues te enviaré este cuento, aunque sea antiguo, porque no tengo nada nuevo, y mientras estés leyendo llamaré a Maroš a ver si le apetece otro vino.

Al día siguiente me dices *mi pequeño Hemingway*, escribes tan tan bien que nadie puede entenderte.

Pero ya no escribo, solo abro las piernas.

Ya no escribo, solo abro las piernas, me siento a horcajadas en un banco, bebo y alrededor hay gente que no eres tú ni tampoco es Silvia. Comen patatas fritas de bolsa con la cerveza porque no es que les guste mucho la cerveza, rompen aquí mismo, en directo, y aquí mismo luego se reconcilian y piden otra cerveza mientras hablan de proyectos y de música que aún suena fresca, crujiente, que no tiene ni un par de meses, y mucho menos décadas. Estoy entre ellos leyendo y Anita me pregunta *qué lees*, traga cerveza como si le gustara, y es preciosa.

Mis profesores también son preciosos, sus barbas son preciosas, sus culos en sus pantalones ajustados son preciosos, cada dos por tres llevan alguna parte del cuerpo escayolada o en una férula o vendada, incluso mi profesora de Eslovaco es preciosa cuando me pregunta si no necesito el teléfono de algún psicólogo, *Tereza, si necesitas el teléfono de algún psicólogo, mi hermana iba a uno buenísimo*, y yo digo que no con la cabeza. Antes tenías celos de estas personas. Ahora te llamo y te digo lo preciosos y listos que son y tú me interrumpes y me dices *estoy en casa de una amiga poniendo el parqué, llámame más tarde*.

Te llamo más tarde y tú dices: *No puedo esperar a verte.*
No puedo olvidarte.
No puedo saciarme de ti.

Me apoyas contra la chimenea, llena de jarras, platos y animalitos de cerámica; a pesar de estar vestida, la espalda me quema. Al día siguiente, ante su mirada levantas el jarrón que ella misma ha hecho y exclamas *iMagda, qué esmalte más precioso!*

Ese precioso esmalte es mi sangre.

Estoy con Silvia tomando una cerveza, Silvia se balancea en la silla mientras le hablo de Oliver, *joder, era un chico superguapo, pero ¿sabes lo que me dijo?, pues que escribir es fácil porque para escribir no necesitas nada, pero que un piano no te lo puedes llevar a todas partes, y si sabía cuánto tiempo tardó en aprender a tocar las escalas, yo que sé, joder, pero, bueno, era superguapo*, Silvia suspira conmigo y sigue escuchándome. *Y ese viejo idiota*, le digo con la boca con la que se la como a esos chicos que, por cierto, están realmente buenos, *y ese viejo idiota otra vez lleva una semana sin llamarme, pero luego tendrías que haber visto cómo se arrastraba*, y cuando le pregunto qué tal la semana, cosa que nunca le pregunto, porque no es así como funciona, bebo un trago de cerveza un poco más grande para que quede claro que he terminado de hablar. Silvia sigue balanceándose en la silla y dice *ya sabes, nada especial, el sábado fuimos a la fiesta de Majka, que cumplió trece años, y su madre le compró uno de esos bolsos que te tienes que pintar tú misma, una chorrada, vamos.*

Ya no escribo, solo digo viejo idiota, aunque en realidad quiero decir mi viejo bobo, mi tontorrón.

Por la mañana llega un mensaje tuyo, el móvil vibra bajo mi mejilla y es suave como la silicona.

Buenos días, mi cachorrilla.

Si fuera un perro, me gustaría que me rascarán detrás de la oreja, que me pusieran un nombre de humano, que me cambiaran el agua del cuenco cada poco; que creyeran que no he crecido y que sigo siendo una cachorra de pocas semanas.

Si fuera un cachorro, a nadie le molestaría que ya no escriba, que solo abra las piernas. En lugar de dientes, tendría una cremallera y solo soltaría pelo, mis dueños me peinarían con un cepillo para perros y tejerían jerséis con mi pelo. Silvia me enseñó un vídeo en el que se veía que ahora es eso lo que se hace, *qué pena que mi perro sea de pelo corto*.

Y cuando nos vemos, te acercas el móvil al oído, *ihola, Magda, cariño mío!* Tu voz suena a galleta bañada en sirope, viejo idiota, y yo espero quieta para que no te olvides de darme un beso antes de irte, y pienso en la palabra galleta, pienso en el hambre. La cerveza chapotea en mi estómago mientras dices *hola, Magda, cariño mío.* Pienso en la noche en que te vi salir del bar de la mano de Magda, Magda no bebió en toda la noche, sorbía zumo con una pajita y no sabía quién era yo.

Cariño, espero que entiendas lo difícil que es para mí, dices mientras me besas, las costumbres son como las camisas, que a veces se te pegan al cuerpo como si estuviesen soldadas, y a veces se caen ellas solas al suelo, ¿qué opina Magda? *Espero que lo entiendas, cariño, eres una chica muy lista.*

El año pasado pasó su cumpleaños con Tereza. Apareció con una receta del médico en una mano y un regalo en la otra, debajo del abrigo llevaba un vestido y debajo del vestido nada, en el ascensor se quitó las bragas con la mano en la que llevaba el regalo, los dos regalos de Ivan se miraron por un momento. Apareció lisa y fría como las jarras recién salidas del horno caliente que Ivan pone sobre el asfalto para que el esmalte se agriete, *¿ves?, si no lo haces bien, parece una tara, pero haciéndolo así, sacándolas al frío directamente del horno, quedan aún más bonitas*. Llegó con las uñas recién pintadas. A Ivan eso le gustó, odiaba cuando se dejaba restos de esmalte en las uñas. *Tereza, mírate las uñas, voy a darte disolvente y te lo quitas, ¿vale?* Tereza se frota las uñas con el disolvente, pero mientras lo hace le lanza una mirada asesina, el pelo corto cayéndole sobre la cara. Ivan echa de menos su pelo largo, que agarraba como una cuerda, pero Tereza prefirió cortárselo, no le gustaba llevarlo recogido en una coleta por sus orejas de soplillo. Ivan le pone las manos detrás de las orejas y las empuja hacia adelante; entonces Tereza se sonroja y le agarra la mano, *para*, le dice la chica grande que pronto terminará el bachillerato, que fuma Marlboro Red y siempre quiere debatir con él sobre política, que agita las manos y grita *fascistas de mierda*, y cuando Ivan le pregunta qué tal en el instituto, responde *bueno, a veces simplemente me tumbo y me quedo mirando al techo, desconecto por completo, ni siquiera estoy triste, más bien no siento nada*. El año pasado, por su cumpleaños, le regaló un disco caro que él hacía mucho tiempo que quería, por supuesto que lo quería, y por supuesto que Tereza lo sabía, Tereza sabe ese tipo de cosas sobre él, le dio el disco y se fue al baño a maquillarse, se pintó los labios de rojo, la raya de los ojos de negro y volvió a pintarse el dedo meñique del pie, porque se le había saltado un poco de esmalte.

Este año Ivan pasa su cumpleaños debajo de Magda. Magda y su camisón de encaje se sientan a horcadas sobre él, el camisón es nuevo, Magda no es nueva, es lavada con Perlan y con tinte rubio platino y un champú para cubrir los tonos amarillos de las canas, pero ella, como no se olvida de remarcar, lo usa para que el rubio platino no se ponga amarillo. Magda, además, se lleva bien con la hija de Ivan, hablan por teléfono de vez en cuando y se llaman cariño. Magda le lleva el almuerzo al trabajo y le acaricia el pelo mientras se duermen, con Magda todo es perfecto, solo que no hay manera de que tenga una erección, y cómo iba a tenerla si está tumbado debajo de Magda, pero al mismo tiempo sobre Tereza, si siente cómo Tereza se pasea debajo de la almohada esperando a poder llamar al timbre. Da igual cómo se mueva Ivan, no hay forma de que esté cómodo, Tereza no deja de clavarle los codos y la cabeza en la coronilla.

En el bar Silvia y yo no paramos de hablar, es que, bueno, ya no me imagino estar con otra persona, y sobre todo el sexo, el sexo es genial, ¡salud!, en fin, el otro día vimos porno juntos, nada raro, él puso porno donde salían solo mujeres, le dije que de eso nada, que a mí eso no me pone. Pero fue encantador, me dejó que pusiera otra cosa. Sí, lo sé, pero es que de verdad que no me imagino estar con otra persona, cuando llevas tanto tiempo con alguien, simplemente te acostumbras y te da igual qué tipo de porno vea, el otro día tuve además que explicarle que para eso está el modo incógnito, con estos señores mayores es un horror, pero eso es lo de menos, lo importante es que ahora tengo la sensación de que está intentando ser un buen chico, como diría mi padre, está siendo realmente encantador y me ayuda con todo, si ahora pasara algo, no sé, creo que lo dejaría, sería yo la que rompería con él, sería la gota que colmaría el vaso, y tengo la sensación de que él lo sabe, de que es consciente de ello. Por eso se porta tan bien, para que nunca tenga que dejarlo, aunque no sé qué pasará en el futuro, qué nos deparará la vida, él con su edad y yo con la mía, vamos a tomarnos algo más, un chupito de becherovka o así, aunque la última vez que tomé becherovka me sentó fatal, en fin, que no sé si sería capaz de beber becherovka ahora.

Después, esa misma noche, pienso en todo lo que le he contado a Silvia, pienso en qué estarás haciendo, tengo migraña y la boca seca, me arranco un pelo tras otro, encima me parecen cortos, como si no fueran de la cabeza.

Y sobre todo la forma de comunicarnos, eso es lo que me cabrea, que nunca hablemos de nada en serio, ya no quiero hacer como que no ha pasado nada, como cuando se pasa días sin cogerme el teléfono y luego un día me llama y me dice, aquí estoy, cariño, ¿cómo estás, cariño?, ¿vienes a hacerme una mamada, cariño? Vale, no te rías, ya sé que él nunca diría algo así, pero es que, a ver, a veces ni siquiera tengo ganas de cogerle el teléfono, pero tampoco me apetece discutir, ¿entiendes? Solo quiero que todo esté bien, aunque no sé qué pasará, qué será de nuestras vidas, y luego están mis padres, que hacen como que no saben nada, pero yo sé que sí que saben y que ya se han rendido, o al menos tienen claro que si le hicieran algo sería el fin, o sea, el fin entre ellos y yo, mi padre le partiría la cara y se quedaría tan a gusto, pero solo me ha dicho que le importa una mierda porque igualmente voy a hacer lo que me dé la gana, y es verdad, ¿sabes?, ahora los quiero mucho por eso, porque saben que haré lo que me dé la gana, así que me gustaría hacer algo por ellos, joder, ¿ya te la has bebido?

A ver, tampoco me importa fingir que ni siquiera nos conocemos, si es que me dan ganas de vomitar esas parejas comiéndose la boca en plena calle, a mí no me gustaría nada que alguien me metiera la lengua hasta la garganta en público.

Pero ahora la verdad es que se porta realmente bien, obedece sin rechistar; mantuvimos el contacto incluso cuando tuvo a su hija de visita, bueno, sí, me dijo que no le escribiera por las mañanas porque sería sospechoso, que le escribiera por las tardes. Seguro que te acuerdas de aquel día que estábamos en tu casa y la gata del vecino cazó una paloma, fue brutal cómo la destrozó allí mismo, en el patio, la gata probablemente pensara que no éramos capaces de cazarnos nada, así que nos la cazó ella, eso es cuidar a alguien, eso es portarse bien, y ese día fue cuando Ivan me dijo que le escribiera por las tardes, pero, vamos, que no pasa nada, a mí no me supone ningún problema. Por cierto, su hija le trajo un perfume superbueno, porque ahora en Madrid trabaja como gerente en una cadena de perfumerías, y el perfume ese es brutal, huele como si se hubiera untado miel por todo el cuerpo; de hecho, es que el perfume lleva miel; y además le trajo un montón de muestras, algunas también de perfumes de mujer, esas me las dio a mí, porque ¿qué iba a hacer él con todo eso? Su hija quería que le recomendara uno para ella, pero el que le trajo a él es el mejor, totalmente afrodisíaco, mis muestras están bien, pero no es que pueda ponérmelas a menudo, ¿entiendes?, las guardo en casa en un cajón, como todas las cosas que me ha dado, solo tengo a la vista el candelabro que hicimos juntos, porque fue antes de que mis padres se enteraran de todo y no le prestan atención, así que lo tengo a la vista en esa estantería donde tengo también el jarrón que me regalaste por mi cumpleaños y las chorraditas que me traje de Londres, de París, de los campamentos, porque, si no, probablemente olvidaría por completo que estuve en algún otro lugar que no fuera en su casa, el perfume ese es lo más.

Y, bueno, desde que empecé a escribirle por las tardes, pues está más tranquilo, más relajado, lo cual me alegra, porque antes, cuando estaba aquí su hija, era horroroso, a ella puede que le contara lo de su Magda, o como se llamara, pero ya paso, ya no está con ella, bueno, nunca hablamos de eso, pero cuándo iba a estar con ella si se pasa la vida conmigo.

El otro día le envié un cuento y me dijo que le gustaba mucho, pero que para qué usar palabras soeces, ¿pero polla es una palabra soez? Para mí, no, y tampoco estaba usada como tal, era más bien una descripción, ¿cómo lo dices si no?, el urólogo dice pene, y picha, picha ya lo había usado un párrafo antes, así que ya me entiendes, en fin, que son sinónimos, Silvia, perdona si te estoy aburriendo, pero, ya que hablamos de este tema, Esterházy, el escritor húngaro, que por cierto es supersexy, pero eso no viene al caso, pues en uno de sus libros pasa algo parecido, pero con la palabra follar, no con la palabra polla.

Pero, a ver, dime, si quieres decirle algo bonito en la cama, ¿cómo se lo dices? No puedes decirle qué polla más bonita tienes, pero tampoco qué pene más bonito tienes, como si estuvieras en la consulta del urólogo, entonces ¿qué otra cosa puedes decir?

Ya, lo peor es usar diminutivos, no sirven, además me daría pena, ¿y si luego piensa que la tiene pequeña y que por eso usas el diminutivo, cuando en realidad lo que quieres es expresarle tu amor?

Ya lo sé, qué me vas a contar a mí, al final acabas como yo diciendo una tontería y se va todo a la mierda, pero bueno, si al final os acabáis riendo, también es romántico.

Ya, qué me vas a contar, ¿y sabes lo que peor llevo?, cuando intentan disimularlo y te dicen que los acaricies, pero en realidad lo que quieren no es que los acaricies, sino que les acaricies ahí, como si no fueran más que una gran polla!

Al día siguiente te espero en la pastelería, no he vomitado la becherovka, la neutralizo con agua mineral, el licor de hierbas florece dentro de mí, crece en mis venas, en el invernadero recubierto de piel en el que, la verdad, no entra mucha luz, pero aun así las mariposas revolotean allí como si estuvieran en el jardín del Museo de Historia Natural, se posan sobre la gente, y la gente tiene miedo porque, como ya sabes, si las tocas se mueren y estas son tan bellas, grandes como la palmas de una mano.

En la mesa de al lado hay una niña lamiendo un helado y eso me ofende, me asusta cómo me excita una niña lamiendo un helado, me avergüenzo de mí misma, las mariposas eclosionan dentro de mí, salen de mí y se posan en la gente, y la gente se desploma después en el suelo, y los trabajadores del Museo de Historia Natural cubren sus cuerpos con sábanas blancas. Sé que te gustaría que tuviera el pelo rubio como esta niña, o rojo, o negro, cualquier color menos mi aburrido castaño. Y sigues repitiendo *me gustaría que llevaras el pelo en una cola de caballo*, como si no te importara que tenga orejas de soplillo que se notan un montón cuando llevo el pelo recogido, pero tú aun así me lo pides, eso es amor, eso son las mariposas.

Te gustaría que llevara un lápiz de labios permanente y un camisón de satén, solo que yo llevo vaqueros y una camiseta del mercadillo y estoy esperándote en la pastelería donde la niña lame el helado como si esperara a que por fin estalle.

Y cuando todo termine, ¿será como cuando se apaga el olor de las muestras de perfumes caros, o como cuando se va el olor a gas? ¡Esa es la cuestión, gilipollas!

Su miembro aún caliente de las manos de Tereza, sus piernas frías. Deambula por el piso, entre sus propias esculturas y las de sus hermanos, que en realidad no eran sus hermanos, pero lo llevaron al hospital cuando se cortó la mano con un cincel, le compraron cerveza y lo consolaron diciéndole que no era un buen escultor, pero que al menos era muy meticuloso. Son buenos chicos, pero es como si no se dieran cuenta de que son viejos, de que hace años que no crean nada, nada que valga la pena, como si no se dieran cuenta de que los jóvenes bajan la mirada ante sus consejos, que esas alfombras rojas por las que entran a todas partes han tenido que colocarlas ellos mismos previamente; Ivan se da cuenta, por eso ya no tiene ambiciones, su única ambición es Tereza, a Tereza le dice que con ella se han cumplido todos sus sueños, a ella eso le hace feliz, y le compra regalos que él luego esconde de su hija y de Magda en el último cajón de la cómoda. Solo lleva las camisetas que ella le regala, Tereza lo abraza y le susurra al oído lo guapo que es, y cuando no le susurra, Ivan extiende la alfombra roja, alisa bien las esquinas, le pasa la aspiradora de mano y después se tira al suelo y se arrastra a cuatro patas, tiene los pies helados, pero aun así se arrastra, *Tereza, amor mío*.

18

Ahora sí que te estás portando bien, como diría mi padre. Me dices que sí a todo, incluso cuando te traigo un lienzo a casa, *levántate, vamos a pintar*, te ordeno, y pinto una vagina, parece húmeda, pero solo es acrílico brillante, tú pintas un símbolo celta al lado. Pinto un culo rojo por los azotes, tú pintas un corazón al lado, me miras durante un rato largo como si miraras una vasija y luego dices *si hubiera querido, hace tiempo que te habría dejado embarazada*.

Por mi cumpleaños me regalas ropa interior de látex, polvos de talco y la promesa de que vendrás a verme al instituto, porque en otra ciudad no nos conoce nadie, podemos ir juntos a tomar café, al cine o a jugar al billar al bar donde una vez tenían puestas las canciones de tu grupo favorito, pero ven sobrio, ya nos emborracharemos allí, prométemelo, porque cuando estás borracho, pienso que habría sido mejor que no hubieras bebido, repites lo mismo una y otra vez, llevo años escuchándolo, cuando has bebido dices *eres una niña tan guapa, me recuerdas a mi hija, ¿sabes?*, y me obligas a poner una y otra vez la misma canción; además de la ropa interior de látex y la promesa, me regalas un joyero, *te lo he hecho yo mismo*, dices con orgullo, un joyero para todas las joyas que me has regalado a lo largo de los años, joyas que no puedo llevar y que hace tiempo que están todas embarazadas.

Mi espalda camina entre la muchedumbre y a través de la blusa transparente escucha *icariño!* Eres tú el que gritas a mi espalda desde las escaleras, gritas a través de la multitud mientras yo te sonrío con mis labios transparentes y mi dulzura infantil. Todo ha valido la pena, ha valido la pena lavarme el pelo, lavarme todo el cuerpo, ponerme una blusa transparente, aunque en un principio quería ir a la inauguración de la exposición desnuda para que me vieras, pero Silvia tenía razón, bastaba con una blusa transparente. Luego nos subimos al coche de Silvia, ella pone un CD de Danzig y empezamos a mover la cabeza al ritmo de la música, pero sin exagerar, para no cansarnos, para no sudar la blusa transparente, en la inauguración nos colocamos discretamente en la tercera fila y luego salimos a fumar. Silvia saca los cigarrillos del bolsillo y oigo *icariño!* Siento escalofríos y trozos de tu pelo en mi bollo y en la piel, toda mordida, y me doy la vuelta.

Ivan, ¿esta es tu novia?

¿Sabes?, Janík, iuna mujer así la encuentras solo una vez en la vida!

La blusa transparente se hizo aún más transparente, incluso se rompió por los hombros, tuve que recoger los trozos de debajo de la mesa. Silvia se está fumando un porro delante de la barra y Janík ha desaparecido, tú metes las manos debajo de mi blusa, no tienes que apretar, te caben perfectamente, tengo espacio de sobra por todas partes. Al final nos montamos todos en el coche, Silvia pega un frenazo en la rotonda, los cinturones de seguridad frenan nuestros cuerpos, mi cinturón es transparente, apenas aguanta.

En casa de Silvia me siento en tus rodillas, me obligas a poner la misma canción una y otra vez, *es el mejor batería del mundo*, pero no me molesta, *y tú eres la niña más guapa del mundo*, Silvia hace girar su copa una y otra vez, *el caso es que él era egipcio, así que tenía el pene más grande que he visto nunca, pero, aparte de eso, mucho ruido y pocas nueces, así que egipcios ya nunca más en la vida*. Después nos quedamos un buen rato acostados en la cama de los padres de Silvia, te digo que estoy ovulando y que cuando estuve con mi prima en el Museo de Historia Natural de Londres, había un invernadero en el que las mariposas revoloteaban a nuestro alrededor y se posaban en nuestras manos, algunas eran tan grandes como mi cara, otras transparentes como mi blusa, eclosionaban en vitrinas delante de nuestros ojos.

Mi prima tenía entonces trece años, un pelo rubio precioso y unos labios carnosos. Esperemos que no se pose en nadie tan pronto, y, si lo hace, que no le afecte, esperemos que no muera antes de que amanezca, como una mariposa, quizás no todos los contactos sean mortales. Cuando estaba en Inglaterra me escribías cada día *cariño, vuelve ya a casa*, y luego te posaste encima de mí y volviste a la vida.

Te posaste encima de mí y me metiste la polla en la boca, no es la más grande del mundo, pero, ah, ese ruido, esas nueces, *cariño*.

Tereza, cariño, yo ya soy viejo, a mí ya no me ataÑe, dijiste entonces, y no fuiste a votar.

Estamos acostados en la cama de los padres de Silvia. Te digo que estoy ovulando. Te digo muchas cosas, contigo puedo hablar sin parar. Te digo que la casa de mi abuelo era la más bonita y la más rica de Radnovce, porque los padres de mi abuelo eran terratenientes, y que se llevaron la casa al museo de arquitectura al aire libre, ¿me estás escuchando? Claro que te estoy escuchando, muy atentamente, y no pienso en nada más que en llevarte al museo, como la casa más bonita y más rica; pienso en dónde colocaré tu último ladrillo, en cómo te orientaré hacia el este para que me dé la luz del sol cuando vaya a verte, cómo acercaré mi cara a tus paredes para oír cómo chirría tu puerta, y escucharé cómo la gente se detiene frente a la entrada de la casa.

¿Qué decías, cariño?

¿Que qué decía?, que el arte es bueno solo contigo, solo contigo es lo más bello, lo más precioso, porque de amor no hablamos, lo único permitido es estar tumbado, tenemos que estar tumbados en la cama, suaves como bebés, todo tiene que ser suave, tú también eres suave, el reloj hace tictac suavemente y el vino se desliza suavemente por la garganta, aunque está intentando trepar hacia arriba mientras digo estas palabras, en el ascensor, que se desliza suavemente, no me topo con nadie que pueda delatarme, y si me topara con alguien, como aquella vez con mi tía, ese alguien apartaría la cara y, aunque no lo hiciera, no vería que no llevo bragas. Así que no hablamos de amor, y Dios me libre de decir te quiero, o de sugerir ir a tomar una cerveza juntos, aquí, al bar de la esquina, entre alcohólicos y una interminable retransmisión de fútbol; está permitido gemir, está permitido moverse suavemente y follar suavemente, pero no está permitido hablar de amor, ni hablar sobre el futuro, la política, el pasado, el feminismo, ni de los libros que yo he leído y tú no, ni sobre los encuentros con escritores de los que estás celoso, ni de chicos de los que no sabes nada, nada de eso está permitido, y sin embargo todos estos temas me queman en la lengua cuando esta presiona tu pene como un pensamiento suave, infantil. Presiona porque estoy ovulando, y, al besarte, he notado en tu cabeza una incipiente calva, que es suave, pero tampoco hablamos de eso.

A medianoche te vas a casa en taxi, me acuesto junto a Silvia en su habitación, pero Silvia ya está roncando, le sale saliva de la boca. Al día siguiente te llamo y me sale *lo siento, el número marcado no se encuentra disponible en este momento, the number you have dialed...*

Que os dure mucho tiempo, te dijo Janík. Luego todos se levantaron de la mesa y tú me metiste las manos por todas partes, debajo de la blusa vacía, debajo de la piel vacía, en la cabeza vacía. Mientras tanto, Silvia fumaba un porro fuera como si nada en la plaza que hay junto a la rotonda, a la vista de todos, luego nos acostamos en la cama de sus padres y después no sé, porque no sé dónde estás, te fuiste y en tu lugar solo hay vacío, únicamente tus manos siguen acurrucadas en mi cabeza.

Ya no escribo, solo abro las piernas, aunque esté justo ovulando. Soy una chica normal, voy a clase, saco muy buenas notas y lo hago solo por y para mí, porque mis padres ya no me preguntan. Así que saco buenísimas notas y la noche antes de cada examen me siento en un banco con un cigarrillo en la mano y me quejo porque estoy harta de estudiar, y de hacer trabajos, ¿de qué me va a servir la sintaxis? Me gusta ir a tomar café, los hombres me miran y cuando mi padre me llama y me dice *nada, cariño, solo quería oírte*, y luego *¿por dónde andas vagueando?*, me enfado, ¿cómo que vagueando? Y cuando en clase de Educación Física corremos doce minutos, sudo igual que mis compañeras y también sudo en el ascensor, con bragas o sin ellas, y voy a la biblioteca a ver si tienen a Esterházy, porque su libro *Armonía celestial* ya está agotado en las librerías, pero también voy al cine a ver un drama histórico cuya protagonista es demasiado testaruda para los hombres de su época y me niego a avergonzarme por ello, aunque, bueno, un poco avergonzada sí me siento, y el domingo, al llegar a la residencia, mis compañeras y yo cotilleamos mientras compartimos la comida que nos hemos traído de casa, *toma, aquí tienes una albóndiga, yo prefiero un filete*, y luego en las duchas nos miramos el culo y el vello y nos deprimimos, yo no tengo el vientre plano como Klaudia y Klaudia no tiene las tetas como yo; me guardo las bragas más bonitas para el viernes, cuando voy a verte, normalmente las llevo de algodón, aunque no tenga la regla; de verdad que no sé a quién le dices *eres extraordinaria, cariño, la más guapa del mundo*, si yo ya ni escribo ni nada.

Dices *eres extraordinaria, cariño, la más guapa del mundo*, pero también dices *tú estás fatal de la cabeza, déjame en paz, no me persigas, deja de llamarme sin parar, no te extrañe que apague el móvil si llamas sin parar, si no te lo cojo, será que no puedo*, y también dices *y qué pasa, no pasa nada, no lo he cogido y ya está, no me llevo el móvil a la ducha*, y también solías decir *para qué me llamabas, estaba con Magda en la ducha*, aunque no dijiste dónde está ahora Magda, en vez de eso dijiste *eres extraordinaria, cariño, la más guapa del mundo, después de tener un orgasmo se te hinchan los labios, no escribas más sobre nosotros, por favor, ¿y si alguien lo lee?*

En mi cabeza tus manos se ponen en cucullas; se ponen en cucullas
y cagan.

Ya no intento llamarte, solo espero resignada y recuerdo cómo hace años te decía que cuando creciera querría tener un marido como mi abuelo o como Péter Esterházy. Todavía sigo queriendo un hombre así, quitaría sus pelos blancos de mi jersey negro, de mis medias negras, de mis pantalones negros, de mis ligas negras, de mis braguitas negras y de mis muslos rojos. Todavía quiero un hombre como Péter Esterházy, pero también querría un escultor y un pintor y un activista ambiental, y querría un hombre al que tuviera que besar yo primero, porque él sería demasiado tímido, y también uno que me proporcionara un orgasmo tras otro, y uno que fuera callado y llevara gafas y de quien todo el mundo se burlara por su pelo fino y grasiento, y también uno que no parara de hablar, que no cerrara la boca ni un segundo. Querría un cantante de un grupo de hard rock, un cantante de un grupo de rock progresivo, un cantante de jazz y un cantante de Pink Floyd, o mejor los dos a la vez, y también querría un batería y también un hombre con mucho pelo que tuviera un salón de té, y un profesor que estuviera calvo como una bola de billar, como Rumoš cuando estaba en el sanatorio, querría un hombre simétrico y también un hombre con la nariz torcida, pero que no tuviera la polla torcida, por Dios, y querría un hombre que leyera y cocinara, y me gustaría hacer recuento de cuántos de estos hombres eres tú, ya estoy rellenando la tabla, pero suena el móvil, *cariño*.

Querría un hombre al que poder besar desde la cabeza hasta los pies. Uno a quien poder devorar de amor, que se metiera solo en mi boca, que me lamiera entera por dentro y besara mi cuerpo sangrante una vez al mes para curarlo. Si pudiera comerte, te rociaría con aceite, te untaría con manteca o quizás con mi propia grasa. Pero a ti solo puedo meterte en la boca, no te puedo masticar, haces que sienta calambres en la mandíbula e irritación en la garganta. Si pudiera comerte, hace tiempo que te llevaría en mi vientre, con los pies hacia arriba.

Quisiera un hombre que tuviera pies y cabeza.

Quiero un hombre a quien poder repetir una y otra vez te quiero y parar solo cuando me falte el aliento, después tomar aire y continuar.

Me he comido a chicos a quienes podía besar de la cabeza a los pies, me comí a todos los que se dejaron, y ahora voy rodando por la ciudad como una morcilla, esperando a que me corten en trozos, también pude haberme comido a mis profesores y, de hecho, me los comí. Les dije que no podía entregar ningún trabajo, *estoy pasando por una mala racha, profesora*, y la profesora me acaricia la espalda, *mi hermana tiene un buen psiquiatra, ¿quieres que te consiga una cita, Tereza?* Fui grosera con otro profesor, me escapé de su clase, luego le pedí perdón y él dijo que él estaba ahí para nosotros y no al revés, y yo lloré, porque era tan guapo, de joven quizá fuera batería, quizá saxofonista, *estoy pasando por una mala racha, profesor*.

Él se rio y dijo *apuesto a que es mal de amores*, y yo me reí con él.

Solo es gracioso lo que es verdadero; cuando estoy contigo me río,
pero en casa las lágrimas me caen solas a la boca, *estamos pasando
por una mala racha*, dicen.

Suena el móvil y dices *cariño*, y yo quiero decirte *¿sabes?*, yo te respeto y tú a mí nada, aunque otras veces dices que yo soy todo lo que deseas, pues aquí estamos, y también quiero decirte te estuve esperando durante días, mi padre siempre dice que tengo que ser más paciente, así que esperé, sin hacer nada, sin escribir ni abrir las piernas, y también, *¿sabes qué?*, esto te interesará, una vez me acosté con Anita, lo hicimos en las duchas de la residencia de estudiantes, no estaba depilada y fue maravilloso, tan femenino, y yo me sentí avergonzada de ser tan suave, y la cortina mojada se me pegaba todo el rato en el culo, y tú seguramente dirías Tereza, tú no estás bien de la cabeza, pero, en lugar de eso, dices *¿vienes, cariño?*, ven, te lo haré por detrás.

Estoy tumbada debajo de ti y oigo cómo te ruge el estómago, son insectos revoloteando dentro, moscas de la fruta, moscas de la carne, mariposas, están todas juntas, tocándose con las alas, sin espacio apenas para moverse.

Quiero decirte *me gustaría que vivieras dentro de mí como dentro de una ballena, aunque ahora he adelgazado, ¿te gustan mis piernas, cariño?*, pero entonces, sin decir palabra, te levantas, te pones los calzoncillos, te pones un calcetín, luego el otro, después los pantalones y por último la camisa, que te abrochas hasta el cuello, y te vas a la cocina, oigo cómo enciendes el mechero. Quiero preguntarte *¿qué ha pasado, cariño?*, pero no voy a ir así, desnuda, miro mi cuerpo y veo insectos revoloteando, son sobre todo moscas.

No sé qué pasó, Silvia, todo iba bien, todo maravilloso y luego estábamos tumbados, yo pensando que todavía no habíamos acabado, que seguiríamos.

Pensaba que me pondrías otra copa, estabas de tan buen humor, los vasos ya estaban en el dormitorio cuando llegué, pero también bebiste de mis pechos, el último trago para el camino.

*Pero no, de repente él se vistió, se encendió un cigarrillo y puso cara de funeral, así que ahora no sé, me siento horrible, ¿entiendes?, no sé, que primero un hombre esté tumbado a tu lado y luego se levante y se vaya, así sin más, hace que me sienta fea, y ahora él actúa como si no me conociera, como si no tuviera nada que ver conmigo, así que ¿qué va a pasar ahora? Porque ¿qué pasa si cuando me siente a horcajadas sobre ti como sobre una cabra algo me molesta entre las piernas y empuja las mariposas hasta expulsarlas del estómago? Me las tendría que sacar una a una de la boca enrolladas en los pelos. Me llamarás durante días hasta que finalmente descuelgue, respirarás hondo entre lágrimas y dirás *te quiero, te quiero, te quiero* hasta caer al suelo sin aliento. Entonces volveré a meterme la mano en la boca y me sacaré un pelo devorado hace tiempo, ya no será blanco, ni extraordinario, ni siquiera de los que se hinchan después del orgasmo, será un pelo castaño normal, en su extremo se columpiará la mano de un hombre desconocido, no puedo ni imaginármelo.*

Silvia, ya no tengo trece años, ya no aguanto más, pero ¿cómo iba a ser si no? ¿Qué otra persona me querría, qué otra persona me iba a entender? No puedo imaginarme mi vida sin él, pero es que él, sin más, se levantó y se vistió y ahora está otra vez con lo de que le es imposible amarme, cómo odio cuando dice esa frase, simplemente ya no aguanto más, pero ¿cómo iba a ser si no?



La primera edición de *Esta habitación imposible de comer* se terminó de imprimir en septiembre de 2026. Ciento setenta y siete años antes, un doce de septiembre con sol y viento de 1849, Gustave Flaubert terminó la primera versión de *Las tentaciones de san Antonio*, poema dramático y viaje alucinado e infernal de aquel anacoreta del desierto. En el último de sus capítulos, una criatura se arrastra hasta Antonio. Es el catoblepas, un ser hosco y melancólico. En el extremo de su cuello largo y flojo, apenas se intuye un rostro bajo las crines duras y oscuras. Habla y dice: «Mi cráneo es tan pesado que me es imposible llevarlo», y se lo enrolla lentamente alrededor del cuerpo. Con su aliento ablanda lo que se presenta ante sus fauces y engulle sin mirar la hierba, el fango, hasta sí mismo. «Una vez me devoré las patas sin advertirlo», dice, y sale de la escena.

Índice

[50](#)

[12](#)

[51](#)

[13](#)

[52](#)

[14](#)

[53](#)

[15](#)

[54](#)

[16](#)

[55](#)

[17](#)

[56](#)

[18](#)

Otros títulos de la editorial:

- b8. El libro blanco** _ Vicente Luis Mora
- b7. El arte sin órganos** _ Ana Gorostizu
- b6. Los sentidos del tiempo** _ Antonio G. Maldonado
- b5. Dichos de Luder** _ Julio Ramón Ribeyro
- b4. La ciudad sin imágenes** _ Juan Gallego Benot
- b3. Llegir mata** _ Luna Miguel
- b2. A pie de página** _ Fernando Castro Flórez
- b1. Leer mata** _ Luna Miguel
- CA 16. Sensoria**_ McKenzie Wark
- CA 15. El peso de la piel** _ Margo Rejmer
- CA 14. Animales de razas pequeñas** _ VV.AA.
- CA 13. El amor ha sido mi única culpa** _ Małgorzata Nocun
- CA 12. Al este del Arbat** _ Hanna Krall
- CA 11. Intellectos colectivos** _ McKenzie Wark
- CA 10. Viaje a Liberland** _ Grégoire Osoha y Timothée Demeillers
- CA 09. El mal del chamán** _ Jacek Hugo-Bader
- CA 08. En el valle del paraíso** _ Jacek Hugo-Bader
- CA 07. Una calle sin nombre** _ Kapka Kassabova
- CA 06. Barro más dulce que la miel** _ Margo Rejmer
- CA 05. Mercy, Mary, Patty** _ Lola Lafon
- CA 04. Bucarest. Polvo y sangre** _ Margo Rejmer
- CA 03. La destrucción de la memoria** _ R. Bevan
- CA 02. Diarios de Kolimá** _ Jacek Hugo-Bader
- LCB 42. Apócrifas** _ Lola Nieto
- LCB 41. Galleteras** _ Laura Sanz Corada
- LCB 40. Cuerpos de hojaldre** _ Sara Navarro Rioboó
- LCB 39. La pared de enfrente** _ Abraham Guerrero Tenorio
- LCB 38. Bedroom safari** _ Alejandro Pérez Paredes
- LCB 37. Deshacer el ridículo** _ Julián Génisson
- LCB 36. El tren** _ Guillermo Abril
- LCB 35. La isla desnuda** _ Lola Nieto
- LCB 34. Colonización** _ M. Armingol y L. Debat